

ZARATUSTRA:
EL ARBOL

CARLOS SAGOT MUÑOZ

EN
LA MONTAÑA

IMAGENES POETICAS Y FILOSOFIA
EN NIETZSCHE



No cesaremos de explorar, y el final de todas nuestras exploraciones será llegar de nuevo al punto de partida y conocer el lugar, por vez primera.

T. S. Eliot. Cuartetos, IV.

Zaratustra caminaba una tarde por la montaña, y allí tuvieron lugar las pa-

labras con el joven que quería liberarse, que quería elevarse.

Encontraremos a los largo de todo el Zaratustra, y de la obra de Nietzsche, esa búsqueda de las alturas, que son las montañas. Allí tienen lugar sus más profundos pensamientos. Las alturas son los lugares predilectos del Nietzsche-Zaratustra. A seis mil pies sobre el

mar y sobre los hombres concibió su máxima obra. En las alturas de las montañas encuentra la soledad, el silencio, el aire puro y libre, y también el frío. El hombre se ha alejado de todo el bullicio de la gente y de la cultura. Allí es donde intenta encontrarse, y para esto busca la soledad. No en vano a todos los creadores les emerge su saber en el desierto, en la montaña, o en el retiro de una biblioteca cuando han de estar ligados a la gente mientras crean. Y Zaratustra desciende cuando viene a dar la “buena nueva”. El descenso de Zaratustra es la búsqueda de manos que se le tiendan, de oídos que escuchen, que se hallan abajo, en los valles.

El joven que encuentra Zaratustra se halla solitario, también en las alturas, pero el frío de esa soledad le hace temblar. Sufre, y Zaratustra quiere mostrarle lo que ha dejado abajo, lo que ha olvidado. Ha buscado en esas alturas —las alturas montaraces o las elevaciones del pensamiento— pero no se encuentra.

Nietzsche, como gran filósofo y poeta, recurre a la imagen de un árbol que se halla erguido en la montaña. Encontraremos aquí ante todo al poeta, que siempre expresa lo que vivió o sintió. Se trata más de intuición e imaginación, de aquello que el filósofo o científico intentarían decir de manera “clara y distinta”, a lo Descartes. Pero en Nietzsche, como en el poeta, encontramos la captación de algo que

se vive en profundidad. Esta profundidad exige su propio lenguaje a través de imágenes poéticas y es necesaria la hermenéutica que aquí perseguimos. Corremos siempre un riesgo: el reduccionismo. Por eso intentaré un acercamiento, desde varias perspectivas. Pero como un punto de partida, la perspectiva psicoanalítica, en su sentido más general. Nietzsche intuyó lo que Freud expuso lo más científicamente posible. Pero no tomaremos la perspectiva freudiana unilateralmente, sino la idea general que anima al psicólogo, como entendió Nietzsche este término: tras lo que se dice, tras la conducta, los ideales y las justificaciones, hay algo olvidado, oculto, escondido, no liberado de la misma manera en que la palabra tiene libertad en cuanto se expresa. Es la “psicología del desenmascaramiento”. Y es porque siempre conocemos el resultado, pero no la auténtica realidad, que se halla en el proceso, en las motivaciones. Aquí de nuevo la idea de los primeros griegos: la verdad como algo perteneciente al aparecer, pero que no se halla en ese aparecer, sino oculta, y hay que develarla. El aparecer es el síntoma. La verdad se oculta. [Heráclito: “La naturaleza (fisis) gusta de ocultarse”].

Partiremos de las siguientes palabras que Zaratustra le dice al joven en **El árbol en la montaña**:

“Si quisiera sacudir este árbol con mis manos no lo conseguiría. Pero el vien-

to, invisible, le zarandea a su gusto. A nosotros también nos agitan y cimbrean manos invisibles”.

“¿Por qué te asustas de eso? Con los hombres sucede como con los árboles. Cuanto más quieren elevarse, cuanto más claridad ambicionan, más profundamente hunden sus raíces en la tierra, en la oscuridad, en la profundidad . . . en el mal”.

“No eres libre todavía, todavía ‘buscas’ la libertad. El exceso de vigilia te ha hecho noctámbulo.

Quieres llegar a las alturas libre, y tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos buscan la libertad. Tus perros salvajes quieren libertad, y ladran de alegría en su cárcel, cuando tu espíritu trata de abrir todas las cárceles.

Para mí eres todavía un prisionero que sueña con la libertad; el alma de los presos sabe ser prudente, pero se vuelve astuta y mala”¹.

El árbol es un puente entre la tierra y el cielo, pues aun el mismo rayo halla en él su camino y va a dar, por entre las raíces, al fondo de la tierra. El árbol es también la lucha entre “lo bajo” y “lo alto”, como imágenes que siempre aparecen en lo moral, en lo que tiene que ver con la verdad del espíritu (tiende a “las alturas”, “elevación de espíritu”, etc.). En suma, encontramos la polaridad vertical a la que a menudo alude Nietzsche.

El joven va hacia arriba. Pero todavía sufre y lucha. La lucha es con el “espíritu de la pesadez”. Lo pesado, es lo que baja, y baja porque tiene peso. Zaratustra quiere lo liviano, lo ligero y ágil, y esto es el espíritu de los hombres liberados. Todo subir, es un subir de la bajada. La pendiente va hacia arriba para el que sube, pero el que sube viene de abajo, como también empieza la pendiente. Al final del camino, en las alturas, nos encontramos que siempre hay un “abajo”. También el pasado se estructura dentro de lo presente y corre el porvenir.

Nietzsche no quiere huida, evasión, que la elevación del espíritu no cierre los ojos, o mire de reojo a lo que Platón llamaba “las bajas pasiones”. Al que sube, al joven que busca en las alturas, le es necesario reconocer lo bajo para entonces conocer y ser plenamente: Es lo que ha dejado olvidado, reprimido (lo “debajo” de la conciencia, en términos imaginarios). Son los malos instintos, que aún ladran de felicidad en su cárcel. La huida a las alturas (el cielo, Dios, el ideal, la metafísica “trasmundana”) puede ser una evasión del propio ser, puede indicarnos un no-querer verse. Y de hecho, muy a menudo lo es. El exceso de vigilia, de revolcarnos en la conciencia, nos vuelve noctámbulos.

El “alma” es lo que se eleva. El cuerpo, como todo grave, cae, es pesado. Pero Nietzsche insiste en restituir al cuerpo su punto de partida, su ser dentro del todo del hombre. En la sangre

también se halla el espíritu, y el cuerpo es un ser de razón. Mientras más altas sean nuestras inspiraciones y elucubraciones, nos sustraemos del todo de nosotros, y “nosotros” no es sólo “yo”. Si el espíritu se eleva demasiado, y no llega al punto de partida, no conocerá el lugar, no por vez primera. Son los alucinados de la razón o en otros términos, una de las formas de la enajenación.

La búsqueda del fin parece sólo conducir al redescubrimiento del principio, y ambos, en la “metafísica” nietzscheana, son lo mismo.

La “verdad” evasiva, es la que no toma en cuenta “lo bajo”, y entonces no es la expresión del ser entero. El árbol, para refrescar sus hojas en las alturas, ha de calar muy hondo sus raíces.

Esas manos invisibles, que menciona Zaratustra, y que cimbrean nuestro ser, son invisibles porque no nos damos cuenta de ellas. Es también el pasado íntimo, oculto, que hay que arrojar para liberarse de esos propios calabozos, esas reconditeces olvidadas antaño, y vueltas hoy al lugar común de todo psicoanálisis. Son las ataduras internas, que por ser propias-internas, son las más fundantes de toda expresión humana (en plano individual). Aquel joven lucha consigo mismo y es prisionero todavía, contra lo pesado, lo que le arroja a su angustia como un decaer. Todavía busca sin fijarse en lo reprimido, los sentimientos que una y otra vez ataron su ser, y que al elevarse libremente a las

alturas, impidieron una liviandad, un danzar con ligereza.

Y todas esas raíces, viviendo en una sociedad que hereda del pasado su enfermedad, han de ser excavadas. Son los remordimientos, los rencores, las frustraciones, la voluptuosidad que también convive con el espíritu.

El creador auténtico, el hombre visionario, ha de recorrerlo todo, hundirse en su “mal”, indagar sus instintos (o como les quieran llamar, da lo mismo) y arrojar una luz en esa oscuridad que sigue gritando. Los “alucinados del otro mundo”, como llama Zaratustra-Nietzsche a los metafísicos e idealistas que pierden de vista el punto de partida —su situación real—, han de volver a caer, “como toda piedra que se lanza al vacío”. Aquí la imaginación moral de la “caída” es clara: se insiste en “el elevarse”. Pero no es posible subir sin dejar atrás algo que aprisiona, y que muchos hombres no conocerán jamás. Por eso tienen que “inventar sus almas”. Pero se trata de una caricatura de la verdad. La conciencia dice: “yo”. La conciencia es vigilante y orgullosa. El instinto y el cuerpo, eso en que no queremos creer, no dicen, callan. Pero actúan, fundan, y son. Siempre decimos la palabra, como en abstracto, pero olvidamos nuestras condiciones (no sólo psíquicas, sino también sociales y de todos los tipos que el científico reclama).

Los creadores, en su máxima profundidad, se desgarran. La desgarradura del espíritu es la de la sangre y la del

acontecer. El pasado se convierte en un revolcarse, hasta extraer de esa experiencia, dolorosa y trágica como todo lo humano, un canto triste, o una superación. Algunos cruzan el puente, otros se quedan del mismo lado, otros caen al abismo.

Para subir a las alturas hay que bajar mucho, al fondo (raíz), de lo que hay que ver. Debemos olvidar el criterio de “sano” y “normal” que establece la psicología por la mayoría. En cada uno de nosotros se agita siempre algo no dicho, o se halla dentro, muy adentro, “el ser inocencia”, lo que permanece intocado por los juicios que nos han puesto los hombres de todos los tiempos desde la cuna a la sepultura. Entonces seremos la máxima espontaneidad y sinceridad de todo nuestro ser. La expresión será libre, sin el temor de lo que se esconde íntimamente. Arrojando de sí el “espíritu de la pesadez”.

Podríamos establecer un paralelismo con lo que predicaba Jesús, no importándonos que Nietzsche se calificara a sí mismo como “anticristo”. Lo que quería Zarathustra, se semeja a las palabras del Evangelio:

“Y dijo Jesús: Cuando os despojéis de vuestros ropajes sin avergonzaros, y coloquéis vuestras prendas debajo de vuestros pies, como lo haría un niño, y las piséis. Entonces podréis contemplar al Hijo del Ser viviente y perderéis el temor”².

La alusión al niño en Cristo, y en Nietzsche, es frecuente en el Zarathustra,

y es nada menos que la última de las tres metamorfosis del espíritu. El niño afirma, es ligero, no es atraído hacia abajo por ninguna pesadez. En nosotros, en cambio, se ha hecho fardo todo lo que descansa en la hipocresía y el temor, y fardo de todos los ideales que nunca se concretaron, y que permanecieron fuera del hombre, como ídolos enajenantes.

La humanidad —o los creadores— necesitaron lanzarse al supramundo, a la metafísica para explicar lo físico. El punto de partida fue lo sensible, y llegaron a lo no-sensible, al plano de la abstracción inherente a lo metafísico. Y ahí quedaron. Nietzsche restituye su lugar, al cuerpo y a la tierra, pero no como simple “materia”, ni como “espíritu”. Estas fueron palabras inventadas por los hombres para explicar lo inexplicable. Pero fueron, objetivadas y enajenantes, simples nombres de algo único y complejo, que todavía no ha recibido su nombre auténtico, pero que Nietzsche llamó vida-voluntad de poder. Nietzsche es el final de esa subida a las alturas sin raíces —no como el árbol—, de esa metafísica que no es un pensamiento totalizante, sino a expensas de lo que oculta.

El que quiera hacer metafísica, en adelante, no podría hacerlo sin hacer un alto frente a Nietzsche.

Solamente es libre un pensamiento que se yergue lo más posible sobre sí mismo. El “sí mismo” a veces queda muy por debajo. Entonces se hace un

pensamiento enajenado y enajenante, pues “los perros ladran de alegría en su cárcel”, pero aún no se han dejado libres. El pensamiento y toda creación siguen dependiendo de algo externo a él, si no se han reconocido esas “manos invisibles” que, como el viento, no vemos, pero sí su estremecimiento, sus hojas que se mueven, de un pensamiento sintomático, ávido de evasión y de “desrealidad”.

Nietzsche pone, en vez de las alturas de lo metafísico, las alturas físicas. No se queda en la pura tierra, sino que busca las alturas, pero de montañas que hundan sus raíces en el fondo del mar, de árboles que, para elevarse, necesitan hundirse en lo no-visto.

Con la filosofía, no olvida la psicología, incluyendo a veces hasta observaciones fisiológicas. Podemos considerarlo por ello como uno de los principales antecesores de Freud, en lo que tiene el psicoanálisis de psicología “profunda” es decir, que va de lo de “abajo” a la conciencia.

Estos términos de “arriba” y “abajo”, como localización de instancias psíquicas (vgr. subconsciente, psicología *profunda*) o utilizados para la designación moral, podrían haber tenido su

origen en la distribución de las funciones corporales, como hacía Platón, por ejemplo, o bien, en el paso evolutivo del hombre hacia la postura erecta.

En las alturas de la montaña —su caverna— Zaratustra encuentra el lugar de la meditación, lejos de lo villano, de lo que digan y hagan los hombres con sus libros y valores. Y allí el silencio, el aire y el frío. Pero él no siente el frío. El joven junto al árbol sí, pues, se elevó demasiado y se encontró solo y sin nada, excepto Zaratustra que vino a despertarle del sueño de la razón.

Por eso Zaratustra también descendió de la montaña, y vivió entre los hombres como toda creación que necesita de los otros, para no hartarse de su sabiduría y que no fuera en vano. El que se encontrara solo entre la multitud, no fue su culpa. Es el destino de todo visionario del porvenir. Tal vez entre esos hombres del porvenir, no se sentirían solos.

“No más esperar del más allá, no más miradas inútilmente perdidas; solamente el deseo de no profanar la muerte y de servir humanamente aquí, en la tierra, para dejar de ser extraños a nuestras propias manos”, como dice R.M. Rilke en **El libro de las horas**.

NOTAS

1 He utilizado la traducción de Ovejero y Maury, en: **Obras Completas. Así habló Zaratustra.** Aguilar, Buenos Aires. 1965. T. III.

2 Versión de Alexandro Jodorowsky, en: **Así hablaba Zaratustra.** (Adaptación para teatro). Discos TIZOC S. A. México. 1970.